

razones estereotipadas. Sin perder son y nobleza de tal, la poesía de Molina Campos sigue un propio camino verdadero, y sólo una miopía de primera magnitud podría apreciar en estos poemas, por el atajo más fácil, una nueva andanada «divinosocial» de las que acaparan los afanes de los poetillas «al día». Por suerte, no se trata de eso; *La puerta* es un rico libro de poesía, cuya humilde indagación parte de la vida del poeta y que sólo a la vida se dirige. Una responsabilidad ética y estética, una introversión hacia ciertas verdades esenciales, una suficiente idea de qué pueda ser la poesía, una soterraña cultura humanística y, en especial, una sensibilidad nativamente vocada a la creación sostienen este nuevo volumen de «Adonais», con el que saludamos a una inicial y valiosa voz joven de la poesía del Sur.—FERNANDO QUIÑONES.

«POESIA Y VERDAD (PAPELES PARA UN PROCESO)» (1)

Empiezo por afirmar una vez más que la poesía —o lo que sea: ¿un «decir»?— de Gabriel Celaya me importa, me trae problemas, me inquieta, me irrita o me entusiasma. Es decir, estoy ante algo vivo escrito. Como para mí las formas literarias no son rígidas y sin contagio —no sólo contacto—, sino que son producto de un diálogo, de una lucha, las cosas —*res, ei*—, la realidad, Gabriel Celaya me interesa. Incluso cuando disiento, porque hasta el exabrupto en Gabriel procede del amor, del deseo de entender, de quedarse en paz y compañía. Después de muchos años de leerle y tratarle, creo que Celaya es un tímido —todos lo somos en mayor o menor medida, y de ahí nuestras explosiones—, por lo que a veces se rodea de palabras hispídas, de alambradas, de rugidos que provienen de un dolorido estar en carne viva, del dolorido sentir garcilasiano: una conciencia alerta, sensible. «Porque soy un poco apasionado y hasta violento», nos dice como un niño que deplora sus rabietas.

Y otra cosa, que sonará raro a los del chinchín y el casillero: es un tradicionalista —en el sentido de heredar y transmitir—, que se anastomosa con la vena gorda moral, estoica, senequista, españolísima o como se quiera llamar —y no es igual—, de nuestra poesía eterna. «Hemos recibido en depósito un legado que nos trasciende», afirma en algún momento del *proceso*.

No vale confundirse con las palabras en su gesticulación externa o en el sonido que previamente y sin contar con ellas se les ha dado,

(1) Gabriel Celaya: *Poesía y verdad. (Papeles para un proceso.)* Colección de Ensayos Huguín. Pontevedra, 1960.

aunque toda palabra sea hija de la necesidad. A veces el que se escandaliza de las palabras está proclamando, inconscientemente, una conducta injusta. Porque el poeta, aunque signifique, también refleja lo que hay fuera de él. Podríamos decir que el tema y el tiempo se nos imponen, como la figura. Y que muchos gritos que firmamos están en el aire respirable de cada cual, del mismo modo que tanta reacciones arqueológica es una engañifa o una repetición oficiosa y con fal-silla. También la repetición y el bodoquito mono puede ser una de las formas del miedo: cerrar los ojos para que desaparezca la realidad, que aguarda ahí fuera, tercamente y enfurecida por la desatención. Y o la convertimos en fuerza y porvenir o nos arrasa.

Este goethiano título celayesco, *Poesía y verdad*, tiene un subtítulo aclarador: *Papeles para un proceso*. Creo que mejor es *Papeles de un proceso*, porque no se trata de una vista pública para un día de estos, sino de aportación de pruebas para que nos juzguen, no para juzgar nosotros. Estamos aportando materiales con nuestra obra —y nuestra conducta, que testificará a favor o en contra—, que nos valdrán más que las buenas intenciones programáticas o los alegatos de juez y parte. Al futuro —y el futuro comienza todos los días y a cada momento— no se le engañará con nada, porque el pasado siempre es claro.

Lo mejor —y lo peor— de Celaya en sus posiciones dialécticas —a veces más de fe que de razón— es el apasionamiento. (Gabriel, repitiendo a Novalis, porque comparte su hallazgo, escribe: «El vidente es un hombre enteramente consciente.» Exacto: tiene mucha razón la fe y mucha fe la razón.) Está tan convencido —aunque diga que titubea, como cada quisque vivo— en el instante de afirmar que se exalta y no oye, cantando desde el entusiasmo. Y luego —la duda, el no creer— le deprime. Por eso sus «ataques» en prosa para defender sus versos, que se defienden solos, por fortuna para el poeta. Así, en el problema de la forma, decreta la muerte de ciertas especies preceptivas, porque el fondo es consustancial a la forma. Hay una forma-fondo del mismo calibre que la realidad cuerpo-alma. Mas en arte —y en poesía, que es de lo que se trata de momento— la forma es el recipiente para presentar otra cosa. (La palabra no es el ser, pero es la casa del ser, para Heidegger.) ¿Que es poco serio beber champán en puchero? Bien. Pero también cabe echar vino nuevo en odres viejos. Y es que lo que se bebe es el vino, no el vaso, como nos advierte la sabiduría popular. ¿No estamos hablando más de lo debido, dedicados al bizantinismo de lo nuevo, de lo viejo, del fondo, de la forma, del mensaje, de la realidad, de la transrealidad, del poema y del transpoema? La palabra es imprescindible, no ya al poema, a la historia, pero como vehículo para llevarle a lo que llamamos el transpoema,

donde hay más evidencias que palabras, aunque gracias a éstas. ¿Vamos a renunciar a las palabras, a las formas, a los medios de comunicación, a los puentes, a las venas? Porque romper las formas puede ser una liberación o una catástrofe. Si lo que se demuele es la cárcel, hay liberación —aunque no libertad, que es otro cantar—; si lo que se salta es la presa, el riego queda anulado por la inundación. Siempre es peligroso dogmatizar en el terreno intelectual desde apriorismos o necesidades. La ciencia ha avanzado porque no tiene manías o prejuicios. Precisamente porque estamos en un proceso, en un fluir, en un cambio. «¡Dios me libre de adoptar posiciones doctrinales! No hay persona en el mundo que dude tanto de sí misma como yo. Si siempre cambio es porque no estoy contento con lo que hago.» (Palabras de Celaya.)

Insistamos sobre el problema de la forma, que es una manera de perfección, mientras no seamos capaces de crear otra nueva, lo que no se logra haciendo cacharritos de los platos bien trabajados. La forma hombre parece que cabe distintas emociones e, incluso, que la forma se afina con el rigor mental y preceptivo. (Todo lo rebelde creador quiere restaurar el orden verdadero sepultado por el tópicos y la receta mecánica.) Celaya, que normalmente crea un clima eléctrico y apasionante, prueba de su tensión, no siempre acierta —como cada hijo de vecino—, pues muchas veces lo que dice es más lo que siente que lo que piensa, o sin que lo que siente ahora sea su sentimiento de luego. (Creo, de pasada, que el sentimiento es la materia prima, pero bruta, del pensamiento.) Esa exaltación suya, que le permite alcanzar palabras encendidas, le desparrama, en ocasiones. ¿Por qué esa desazón ante el soneto, que no siempre es encorsetado, o las décimas, que a ratos son impecables? Yo le puedo recordar sonetos impresionantes de hoy —«¿Por qué, decíme, hacia los altos llanos?», o «Como el toro he nacido para el luto»— y versos libres de la más pura tontez, forma deshabitada, espantapájaros. Y es que no van por ahí los tiros. Un poeta verdadero creará o alumbrará poesía donde toque. Incluso añadirá belleza a la verdad y a la justicia, lo que no es malo. Lo que no es permisible es ir a la poesía a explotar técnicas, a repetir a cabeza fría y sin jugarse nada aquí o allá, a bufonear ante el desprecio y el eructo, a limosnear y prostituir el decoro de la pluma. Ya sabe Celaya —y no es un hecho tonto— que hay monarquías democráticas y repúblicas tiránicas. O lo que tanto monta: que las formas no imprimen carácter, aunque compongan la figura, no el saber. Es verdad que no se equivalen camisa y camisa de fuerza, mas yo creo que esto es también logomaquia y armas al hombro. Nuestro único aval son nuestras obras. Forma —vasija— es una cosa y fór-

mula, receta, oficio repetible, otra. (El mismo Celaya dice en este proceso de conciencia y honradez de ir reconociendo a medida que se entiende «No hay «formalismo» —yo diría formulismo—, sino «buenas formas», cuando el poeta arraiga en su pueblo y en su tradición nacional.» Perfecto. No creemos que lo avanzado sea echar las patas por alto y prescindir de toda moral —eso es anarquía y señoritismo—, sino trabajar mejor, más humilde, más respetuoso con la verdad, a la que se accede desgarrado y sin cirineo. No es sino verdad preceptiva lopianiana lo de «catorce versos dicen que es soneto». Donde no hay propiedad —sangre de uno— no hay soneto ni poesía ni nada que lo valga, sino copia de externidades. Y eso no es tradición, sino, como diría D'Ors, cochino plagio.)

Poesía y verdad está lleno de problemas, de ventanas al campo, de amorosa pasión. Pero también de reiteraciones, como lo que no se edifica desde los cimientos, sino por acumulaciones momentáneas. A veces aparece Gabriel enrabiado y a la defensiva, y entonces argumenta a zurriagazos, con sarcasmos o epítetos que tienen más gracia verbal que verdadera razón. En el mejor caso, son inoperantes. Precisamente Celaya es, por su torrencialidad, por su incontinencia, por su riqueza —por sus horas posibles para la poesía—, un poeta necesitado de forma, de brida. ¿Para conseguir la eternidad y los demás fantasmas? Para lograr más eficacia. La poesía es, a su modo, una especie de conciencia del tiempo sagrado e irrepetible de cada cual. (No es lo mismo uno que otro —lo incanjeable, el principio de identidad—, ni caben confusiones, aunque los soberbios ignoren que no existe el yo sin el tú, y que el creador necesita de la criatura que le proclame, que le haga, porque lo solo no existe, no es, es impensable, al menos para mí; la soledad total es la muerte, a la que no se va y se vuelve, de la que no se regresa, en la que se ingresa para siempre; lo provisional es la vida.) Mas era el amor el que regía el sol y los demás astros, en el Dante, no la poesía, que es otra actividad, respetabilísima, si bien no el ombligo del mundo. ¿Por qué no interesa la poesía o se convierte en artículo de primera necesidad? Porque las gentes no pueden leer —o no saben—, azacaneadas como están en mantener en pie el animalito, esperando —¿por qué?— que llegará un día liberador. La poesía, como toda ocupación atenta, requiere tiempo, que ya no está al alcance de casi nadie. Ya no va quedando ocio creador. ¿Cree el propio Gabriel —para que argumentemos con nosotros, no con frases— que él o yo podríamos hacer poesía si tuviésemos que trabajar en dos o tres oficios para sacar adelante una familia? Ahí le duele el corazón al problema. Sin poesía —aunque peor— se puede vivir; sin pan no se puede pasar. Quien llega reventado de trabajar, borracho de fatiga,

no tiene tiempo para leer a los «poetas-poetísimos» ni a los que no lo son. Lo que quiere decir que la poesía, como tantas cosas, es un lujo, un derroche, un exceso de riqueza vital, mental o dineraria. Y muchas más implicaciones que el tiempo no nos permite tratar. ¿De qué nos quejamos si el *quid* del asunto no es poético, sino político, económico y de justicia? ¿Que no nos lee nadie? Naturalmente. Bastante tiene el hombre actual con sacudirse el temor, con ganar para comer a fin de estar en forma de nuevo. ¿Que es un círculo lo que describo? Y con salida problemática y viril, de la que no anda lejos la muerte, la gran liberadora. Va siendo ridículo que nos consideremos estatuables —todos: usted también, que mira con sonrisita a los poetas— por decir cuatro camelos cuando hay gentes tan bien nacidas como nosotros, cuya fiesta es comer un poco más y que les carguen un poco menos. Por donde supura el mundo no es por la poesía, sino por las vísceras, por la sangre derramada, por las habitaciones sin aire, por las mujeres y los hombres atemorizados, rebarbarizados a conciencia para que suelten más pringue al molturarles. Estamos en la hora final de la humildad o nos vamos todos a paseo, unos contentos, porque descansaremos; otros aterrados, porque no se pueden llevar un seguro para que no les roan los gusanos. Estamos en la noble lucha eterna por la cultura, por la justicia, por la luz. Y siempre se avanza, aunque no lo parezca. Y la poesía está en las vanguardias con el máximo honor. La sangre, el amor y el trabajo han hecho posible un mundo más habitable y vividero. Las «dos cosas» del Arcipreste siguen teniendo vigencia, salvadas en el deseo del hombre de ser feliz. Hoy quizá se escribe poesía, no para el pueblo, sino para conmover la conciencia —o lo que sea— de los que pueden hacer que el pan no sea tan amargo. («Lo importante —escribe Celaya— no es hablar del pueblo, sino hablar con el pueblo, en el pueblo y desde el pueblo.» En fórmula democrática, *del* pueblo, *por* el pueblo y *para* pueblo, a fin de no caer en el despotismo ilustrado: todo por el pueblo, pero sin el pueblo. El *para*, la finalidad, habilita los medios. Yo creo que el problema está en el *para*, pues *quién* canta —sujeto—, *qué* se canta —tema— y *cómo* se canta —forma— quedan mancos sin el destinatario. Todo se hace en función de algo o queda sin objeto, deshumanizado.)

Aunque cueste trabajo proclamarlo, al pueblo le alimenta más el pan y la justicia que nuestros versos, aunque éstos salven el paso del hombre sobre la tierra de animalidad y conviertan la biología en historia, den sentido al caminar del hombre. Hay que liberar el instinto por la cultura, aunque previamente el salvable tenga que vivir. La poesía, hoy, es un diálogo entre quien puede y el poeta —Goliat y David—, a más de una evasión, en algunos cantantes. Escribimos, en

principio, para no anonadarnos en nosotros mismos, para encontrar la luz y darla, como el científico o el obrero logran sus productos. Pedir derechos de excepción —tampoco trato de inferioridad—, leyes morales aparte es, cuando menos, una guarrada. Es decir: trabajamos, somos útiles a los demás en lo que todos, y luego hacemos versos en vez de acumular dinero o poder. El sacrificio —o la cortesía al prójimo— diario del trabajo nos deja hacer versos, de los unos o de los otros, sin que se nos caiga la cara a cachos y sin vivir a costa de nadie. Si no corriésemos detrás de la notita, la coba, la fotografía o la vanidad, podríamos ser ejemplares y tener quien creyese en nosotros. Si Cristo no hubiese tomado su cruz y sangrado su sangre, no hubiese sido el Cristo, sino un impostor.

Como se ve por todo lo que antecede, esto de la poesía es algo perfectamente serio, quizá lo que confiere una significación al aparente ir y venir sin ton ni son de las criaturas. Voy a dar dos testimonios nobilizadores desde fuera de la poesía. El P. Ramón Ceñal (véase CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, núm. 124, abril, 1960), siguiendo a Heidegger, escribe: «Porque los poetas, los auténticos poetas, los poetas por vocación, son los que conservan aquella primera patencia del ser revelado en la poesía originaria. Los poetas son los que instituyen los verdaderos nombres.» O lo que es igual: los que aclaran, los que sin crear la naturaleza la inventan, la ordenan, la dan un sentido. Nuestro Ortega, citado por el P. Carro en el mismo trabajo que recomendamos, escribió sobre la poesía: «La poesía vuelve a poner todo en alborada, en *status nascens*, y salen las cosas desperezándose, en actitud matinal, emergiendo del primer sueño a la luz.» (Reléase *Filosofía y poesía*, de María Zambrano.) Las posturas citadas son de dos pensadores serios. Los estetas opinarán de otra manera. Los políticos pedirán banderas. A nadie, llegado a cierto estadio de conciencia, le es indiferente la poesía, la presencia del ser en la palabra original. Celaya escribe, postulando una poesía a la altura del tiempo, del corazón y del decoro, «que la poesía puede ser magia —magia de verdad, sin metáforas—; o sumisión a una situación de Estado o a un partido político por encima de cualquier pretensión estética; o juego; o versión, entre burlas y veras, de un dudoso más allá; o evasión arbitraria; o mil cosas igualmente desconcertantes e inconciliables».

Y valiosas, añadimos nosotros, si el poema está pasado previamente por la vida del poeta y avalado por la conducta. Cuando un hombre vive o muere por algo generoso, automáticamente ese algo se torna sagrado. El fin o los procedimientos quizá resulten secundarios en poesía cuando el poema surge de la necesidad de liberar un ahogo y de encontrar una salida..., o de intentarlo, porque la vida está sometida

a la ley de frustración de la muerte. En el entre paréntesis histórico que es el vivir humano, emparedado por dos misterios —nacer, morir—, se da el poema como todas las cosas de los hombres. Quien es infiel a su tiempo o a su sentimiento, si no es un forzado es un farfante, un fabricante de poemas, no una necesaria vena abierta. ¿Que también la artesanía y la repetición ocasionan objetos hermosos, útiles y hasta necesarios? De completo acuerdo. Mas la poesía es otra canción: un calambrazo eléctrico, un nudo que se desata por dentro de la angustia, una tormenta que se sosiega en riego, un ver más claro, un estar más seguro entre hermanos. Incluso una manera de pensar, porque obedece a una manera de ser, y todo comienza a partir del ser existiendo en el mundo, historificado, criaturizado en hombre. Poesía es, como dice Celaya, vivir lo que se dice. Y revivir, y crear un estado superior en el otro, en cualquiera que llegue y pueda entrar en el poema, abierto a los cuatro vientos.

Si puede ser tantas complicaciones la poesía, y de hecho lo ha sido siempre en la historia, y lo seguirá siendo —¿o somos escalas a extinguir reasumidas en la ciencia y en la creación filosófica?—, ¿para qué no dejamos los programas, que van implícitos en los poemas, y no al revés? Estamos desazonados por la eficacia y la inmediatez. El poema no es para que se reconozca y se premie, sino para la humilde tarea de justificarse en las obras, para servir sirviéndose, para mantener en pie la tan lastimosamente herida esperanza del hombre. Yo no pienso que la poesía sea para unos o para otros, sino para todos —aunque no lo sepan—, desde el momento en que en la claridad, ahondamiento y felicidad del hombre están la claridad, ahondamiento y felicidad de todos los hombres. A veces el peligro, la urgencia, aparecen por un lado o por el contrario, y es preciso continuar manteniendo en esperanza y fe al hombre, el único objeto, principio y fin de lo humano. En nosotros, con nosotros, se salva o se condena todo hombre. Tan importantes, sagrados e irrepsotibles somos todos y cada uno. Por eso la degradación, el dolor, la injusticia, la opacidad en cualquiera de ellos —y la ignorancia, y el hambre, y el fallo de la naturaleza— nos afectan a los demás. Como somos partícipes en la luz y en la inteligencia de los mejores —mejores por azar, lo que debe dar responsabilidad, no petulancia— y nos aclaran y mejoran. El hombre: he ahí el enemigo, se dice. No; sino el único, con el que nos hundimos o sobrenadamos. Por eso hay ciencia, y poesía, y lucha eterna: hasta que convenzamos a los obtusos de que su interés particular es el interés de la comunidad. La poesía, por tanto, está al servicio del bien y del mejoramiento del hombre, con sus medios es-

pecíficos, con la palabra bien nacida —que no es la palabra rosa—, necesaria y de tiempo. Mas ¿qué es el bien para ti o para mí?

Quizá donde Celaya llegue a una mayor precisión —y emoción— sea en el ensayo *Poesía eres tú*. ¿Porque está escrito queriendo entender hasta el fondo, sintiéndose solidario con el pasado y con el porvenir? «Cuando uno considera cuánto debe a sus predecesores y cuánto saber poético hay atesorado en ese lenguaje que uno maneja como si fuera suyo, siente que no es nadie.» O, como dice Goethe, traído a colación por Gabriel: «Si yo pudiera enumerar todo lo que debo a mis grandes antecesores y contemporáneos, no me quedaría mucho en propiedad.» Nadie es nadie a solas, querido Celaya, pero sí es alguien en comunidad, porque vivir es con-vivir. Goethe lleva toda la razón, por que los grandes son generosos y justos. Entonces ¿qué nos queda? Por lo menos, lo que decía el glorioso poeta: «la energía, el empeño y la voluntad». Cuando uno siente que es alguien, nota su dignidad humana, aprende a dar las gracias y a ser humilde. Es verdad que el *tú* y el *vosotros* —y el *ellos*— reconocen, y al reconocer hacen el *yo*. Somos alguien porque no somos casualidad o botarata biológica. Así la poesía no es nuestra, sino ejercicio de condolencia y conmitancia por la verdad. Lo que ocurre —y aquí hay un nervio sensible— es que vivimos en un mundo patrimonializado, en el que no tener es no ser. Por ello, cuanta más riqueza privada se acumula, más le parece al tenedor que es. Lo que vemos tan claro en el poema —es de todos— no lo entienden respecto a la propiedad los que tienen. Si se nos dice que la propiedad debe ejercer una función social, ¿por qué no la va a procurar la poesía? Aún andamos por niveles muy a ras de animalidad, y se considera el filete más importante que el poema, lo que no es bueno, aunque resulte más urgente. Por eso —y en ello estamos— hay que rejerarquizar los valores y no llevar al caballo sobre el caballero.

En estos «Papeles para un proceso» —subtítulo que alude a la responsabilidad— tienen un gran interés polémico, suscitador, renovador. Y un toque de prosa espléndido, de garbo y desgarro decidor, de hallazgos estusiastas, de gran tensión anímica y sensitiva. La prosa de Celaya, acostumbrado a la necesidad de la poesía, tiene rigor de perfil, gracia aforística, rostro muy bien acuñado. Quien quiera leer un castellano de pro, espontáneo después de muy bien domado y padecido, con la palabra vivida y no el mal tun tun de lo que salga, que lea estos artículos de Celaya, donde el buen escribir de hoy, la sintaxis del nuevo sentir, tienen un pequeño monumento. Fulge, apasiona y se rompe en tantos toques de luz —¿impresionismo neorromántico?—, suscitaciones y punzadas esta prosa, que hay que pararse a

pensar si se está de acuerdo o no en algunas precisiones. Hay mucho calado, tozudez por amor y convencimiento unamunianos en estas meditaciones —y sangrías— de Celaya, un poco anárquicas y reiterativas, escritas con un envidiable pulso.

(Es de justicia destacar el atento y bien trabajado prólogo de Luciano del Río a *Poesía y verdad*. Y en un aparte, aunque el asunto no sea nada desdeñable: ¿por qué no se cuida la composición de algo tan noble como un libro? En el caso presente hay demasiadas erratas. ¿Es cuestión de ignorancia de los oficios? ¿Lo es de apresuramiento? Pensemos que del naufragio irremediable van a quedar dando cuenta de nosotros —de todos— cuatro libros verdaderos.)—RAMÓN DE GARCÍASOL.

ESTE OTRO RUBÉN DARÍO

El 7 de octubre de 1899, un caballero vestido a la moda de fin de siglo, que se hacía llamar Nebur Darío, alcanzaba a lomos de un borriquillo el caserío de una aldea castellana olvidada entre montañas, Navalsaúz, en las estribaciones de la Sierra de Gredos, no lejos de la ciudad de Avila. El caballero Nebur había hecho el incómodo viaje para presenciar la romería de la Virgen del Rosario, patrona del lugar, pero también, y más principalmente, para ver a una hermosa muchacha de la aldea, a la que había conocido pocos meses antes en Madrid, y de la que se hallaba algo enamorado. Cincuenta y siete años más tarde, en mayo de 1956, aquella misma muchacha, que había acompañado como compañero y amante al caballero Nebur —anagrama de Rubén, pues el caballero no era otro que Rubén Darío— durante los últimos quince años del poeta, aquella campesina castellana, Francisca Sánchez, que vivía olvidada del mundanal ruido en la aldea de Navalsaúz, recibía la visita de un poeta y profesor de literatura hispanoamericana, Antonio Oliver, a quien acompañaba su esposa, la poetisa Carmen Conde. Iban a conocer a Francisca Sánchez, ahora una anciana de ochenta años, pero aún erguida y sano el rostro curtido por el sol de Castilla, y a que les hablase de Rubén y de su amor por el poeta. Francisca Sánchez se confió al joven matrimonio, y el resultado de esa visita, y de otras que siguieron, fué que la compañera de Rubén vendió al Estado español el rico tesoro del archivo de Rubén Darío, que durante más de cuarenta años había guardado celosamente en su casita de Navalsaúz. Miles de cartas y papeles de enorme interés para la biografía del poeta y para la historia del modernismo.

Pues bien, lo más importante y tentador de ese archivo acaba de ver la luz en el volumen que Antonio Oliver, poeta y profesor de la